

Redempto de Sevilla

Aquí comienza la
muerte del muy
bienaventurado
Isidoro, obispo...



ESTUDIO CRÍTICO FHL

© Del texto: el traductor.

© De la edición: [Fundación Ignacio Larramendi](#).

Madrid, 2011.



Es una edición electrónica de [DIGIBÍS](#).

SIGLO VII

REDEMPTO DE SEVILLA : *Obitus beatissimi Isidori Hispalensis episcopi*

Traducción: José Carlos Martín Iglesias

[AQUÍ COMIENZA LA MUERTE DEL MUY BIENAVENTURADO ISIDORO, OBISPO HISPALENSE, SEGÚN FUE RELATADA CON LA AYUDA DE DIOS POR EL CLÉRIGO REDEMPTO.]

1. Me ha parecido digno de interés exponer brevemente a tu santidad de qué modo nuestro señor Isidoro de gozoso recuerdo, obispo metropolitano de la Iglesia hispalense, recibió la penitencia y se confesó ante Dios y ante los hombres, y cómo se fue de esta vida al cielo, y dar cuenta de todo esto a tu amada excelencia sirviéndome de un estilo fiel en mi relato. Me ha empujado a ello principalmente el hecho de rendir servicio a vuestra caridad por el interés que mostráis, fruto de vuestro amor hacia él, y además, dado que no puedo dejar de contar la verdad, me siento en la obligación, ante tus ruegos, de darte a conocer lo que he podido resumir sobre él, aunque sean tan sólo unas pocas noticias de lo mucho que podría contarse.

2. Tan pronto como se dio cuenta, no sé de qué modo, de que su fin estaba próximo y advirtió merced a la sutil naturaleza de su alma que su cuerpo estaba siendo consumido por una persistente enfermedad, durante unos seis meses aproximadamente, si no más, comenzó a repartir a diario entre los pobres, y en una cantidad incluso mayor de lo que acostumbraba, tantas limosnas que desde que salía el sol hasta el anochecer permanecía distribuyendo su fortuna entre muchos de ellos. A continuación fue golpeado de tal modo por su enfermedad que, al aumentar la fiebre en su cuerpo y comenzar a rechazar la comida su débil estómago, solicitó la penitencia, e hizo que se presentasen con urgencia ante él sus coepiscopos los bienaventurados Juan y Eparcio. Y al ser transportado desde su celda hasta la basílica de san Vicente Mártir, tan gran número de pobres, clérigos y demás religiosos, y de todas las gentes de la ciudad lo acogieron entre gritos y grandes gemidos, que, si alguien hubiese tenido un corazón de hierro, todo él se habría deshecho inmediatamente en lágrimas y lamentaciones. Y cuando ya en la basílica del citado mártir fue situado en mitad del coro, junto a la cancela del altar, ordenó que las mujeres se situasen lejos de él para que, en el momento de recibir la penitencia, se viesen a su alrededor únicamente varones, y no mujeres.

3. Y después de solicitar a los antedichos sacerdotes, a uno que le impusiese el cilicio y al otro que arrojase ceniza sobre él, levantando sus manos hacia el cielo, así comenzó a hablar : “Tú, Dios mío, que conoces los corazones de los hombres y te dignaste perdonar sus pecados al publicano que permaneció a distancia del templo mientras golpeaba su pecho, tú que te dignaste resucitar a Lázaro cuando dormía haciéndolo salir de su sepulcro al tercer día después de la disolución de la carne y quisiste que lo recibiese el seno de nuestro patriarca Abraham, recibe en esta hora mi confesión, y los innumerables pecados que he cometido, apártalos de tus ojos, no tengas presentes mis malas acciones, ni quieras recordar los delitos de mi juventud. Tú, Señor, no estableciste la penitencia para los justos que no pecaron contra ti, sino para mí, un pobre pecador que he cometido pecados que sobrepasan en su número a la arena del mar. Que no encuentre en mí el enemigo ancestral nada que castigar. Tú sabes bien que desde que, pobre de mí, asumí siendo indigno de ello esta carga más que este honor en esta santa Iglesia, no he dejado de pecar en ningún momento, sino que he insistido en comportarme como un malvado. Y puesto que tú dijiste que a cualquier hora que fuese que el pecador se convierta de su conducta, olvidarías todas sus iniquidades, me acuerdo ahora de esta promesa tuya. Con esperanza y confianza clamo, entonces, ante ti, cuyos cielos no soy digno de contemplar debido a la multitud de los pecados que se acumulan sobre mí. Atiéndeme, escucha mi oración y concédeme, pecador de mí, el perdón que te solicito. ¿Pero si los cielos no están exentos de impurezas a tus ojos, cuánto más no he de estarlo yo, sólo un hombre, que he bebido la iniquidad como si fuese agua y me he saciado del pecado como si fuese calostro?”.

4. Y así, una vez dichas estas palabras, recibió de los citados pontífices el cuerpo y la sangre del Señor con un profundo gemido de su corazón, pues se consideraba indigno de ello. A continuación, solicitó el perdón de estos mismos sacerdotes, así como de todos aquellos miembros del clero que se hallaban presentes, de los ciudadanos y de todo el mundo en general, diciendo : “Os suplico tanto a vosotros, santísimos sacerdotes y señores míos, como a la santa reunión de los clérigos y fieles que me rodea que vuestra oración se eleve hacia el Señor y que ruegue por mí, un pobre desgraciado sucio de arriba a abajo por la mancha del pecado, para que yo, que por mis propios merecimientos no soy digno de obtener su gracia, por vuestra intercesión merezca alcanzar el perdón por mis pecados. Perdonadme, os lo suplico, aunque soy indigno de ello, todas aquellas faltas que he podido cometer contra todos y cada uno de vosotros. Si a alguien he despreciado por odio, si a alguien he negado impíamente mi

caridad, si a alguien he perjudicado con intención, si a alguien he herido encolerizándome contra él, perdonádmelo ahora que así os lo suplico, es más, que acudo ante vosotros como un penitente arrepentido”. Y una vez que todos a grandes voces y con lágrimas en los ojos solicitaron el perdón para él y que él perdonó a todos y cada uno las obligaciones y recibos de sus deudas para con él, amonestó de nuevo a todos los presentes, diciendo : “Santísimos obispos y señores míos, y todos aquellos que aquí os encontráis, os ruego y suplico que mostréis caridad los unos hacia los otros, sin devolver mal por mal, y que no calumniéis a vuestros semejantes. Que no halle en vosotros el enemigo ancestral nada que castigar, que no encuentre entre vosotros el lobo rapaz ninguna oveja perdida a la que llevarse, sino que, por el contrario, el buen pastor, alejándola de las fauces del lobo, lleno de alegría la lleve de regreso sobre sus hombros al redil”.

5. Así pues, luego de esta confesión y de esta oración, ordenó que se distribuyese a continuación entre los necesitados y los pobres el dinero que le quedaba. ¿A qué fiel le puede quedar alguna duda de que al instante, libre ya de todos sus pecados, no entrase a formar parte de la comunidad de los ángeles? Seguidamente quiso ser besado por todos los presentes, diciendo: “Si de todo corazón me perdonáis todos aquellos actos malvados y perversos que hasta el día de hoy he cometido también contra vosotros, el omnipotente Creador os perdonará a su vez todos vuestros delitos. Así, del mismo modo que esta agua de la fuente sagrada que hoy el pueblo devoto va a recibir, ha de traeros el perdón por vuestros pecados, que también este beso que nos damos sea para vosotros y para mí nuestra garantía de la vida futura”.

6. Una vez concluidas todas estas ceremonias, fue llevado de regreso a su celda, y al cabo de cuatro días desde su confesión y penitencia llegó al fin de su cura pastoral y de su vida, muriendo en paz. Amén.

[En la víspera de las calendas de abril, luna decimonovena, era 674^a.]